

Chapa, Juan. *Los manuscritos del Nuevo Testamento*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 2022.



Los manuscritos más antiguos del Nuevo Testamento interesan cada día más a eruditos, estudiantes de teología, aficionados y al público general porque ofrecen un vistazo a ese maravilloso mundo de un cristianismo primitivo signado por la valentía, la precariedad y la lucha por encontrar su lugar en el corazón del vasto Imperio Romano. El libro que destacamos en esta breve reseña tiene como propósito “ofrecer una información básica sobre los manuscritos más antiguos del Nuevo Testamento” (p. 7) y, de paso, ayudarnos a entender “el papel que jugaron los textos en el comienzo del cristianismo” (p. 13).

Nos va a ayudar a hacernos una idea de cómo llegaron estos manuscritos hasta nuestros días, qué aportan los papiros y los códices más antiguos a la elaboración de las actuales ediciones críticas del texto griego neotestamentario y algunas otras cuestiones interesantes sobre la datación, el valor y las particularidades de tales manuscritos. Estos temas que bien pudieran parecer algo super especializado son también de interés para el estudioso de la teología que se pregunte por el canon, la inspiración y la revelación en el texto neotestamentario.

La primera parte del libro de Chapa aborda la pregunta sobre cómo los manuscritos transmitidos en materiales perecederos—como el papiro y el pergamino—han llegado hasta el tiempo presente. Para ello se hace una breve descripción de la manera como en los cuatro primeros siglos de nuestra era se fabricaban los libros, de las habilidades requeridas para leerlos y de la producción material de la primera literatura cristiana.

El autor nos recuerda que el texto de los libros, en los primeros siglos del cristianismo, se escribía a mano en *scriptio continua*: esta consistía en letras mayúsculas distribuidas en columnas que seguían la disposición rectangular de la hoja, y las secciones del texto eran separadas por líneas llamadas *parágraphos*. Eventualmente se añadían signos en los márgenes de cada columna o entre las líneas para facilitar la lectura, pero no era una práctica estandarizada ni frecuente.

Los libros eran transcritos por un escriba que se encargaba también de conseguir el material (papiros, tinta, cálamos, pegamento, piedra pómez) y transformarlo. Era un oficio difícil realizado en condiciones precarias y mal pagado, lo que explica muchos errores de transcripción, aunque a veces se contaba con un corrector que mejoraba la calidad de las copias.

Los libros por lo regular se leían en voz alta, en público, y era poco frecuente la lectura silenciosa y privada. Mientras que para la literatura de autor se utilizaba el formato del rollo, los cristianos prefirieron el códice. En efecto, el rollo requería de una cantidad considerable de material porque se escribía solo por la cara interior, pero el códice utilizaba el pliego de papiro o pergamino por ambas caras y se pegaba por el margen izquierdo. Como destaca el autor, “el uso del códice es un hecho irrefutable que distingue los libros cristianos de la literatura pagana y de las escrituras hebreas” (p. 46).

Los primeros escritos cristianos conocidos fueron las cartas de Pablo, que tuvieron amplia difusión entre las comunidades; se caligrafiaban con la ayuda de sus miembros y se enviaban a través de quienes viajaban por trabajo o en calidad de misioneros. Sobre la forma como se escribieron y difundieron los evangelios no hay mucha información. El Apocalipsis probablemente se escribió en forma de rollo y se enviaron sendas copias a las iglesias que allí se mencionan. Los testimonios patrísticos evidencian una amplia difusión de la literatura cristiana desde inicio del siglo II y la existencia de centros de producción y difusión que contaban con taquígrafos y calígrafos: “...los libros importaban y por eso se copiaban abundantemente” (p. 56). El formato preferido para el libro cristiano era el códice por razones obvias de economía, portabilidad y simplicidad de escritura.

La segunda parte del libro que aquí se comenta se ocupa de los principales papiros y códices que contienen fragmentos, libros completos o casi todo el texto neotestamentario. Como pioneros de esta labor se reconoce a Amelia Edwards, Bernard Grenfell y Arthur Hunt, quienes desarrollaron su actividad el siglo XIX. La primera llamó la atención sobre el valor de los restos arqueológicos egipcios y fundó una sociedad arqueológica para tal fin. Grenfell y Hunt, por su parte, concentraron su actividad en la localidad de Oxirrinco, antiguo enclave cristiano, y lograron rescatar más de medio millón de manuscritos fragmentarios, de los cuales algunos constituyen los más novedosos del Nuevo Testamento. Los papiros obtenidos en este sitio y en otros aledaños constituyen los testimonios más antiguos del texto neotestamentario y son fundamentales para establecer la antigüedad de ciertas variaciones del texto en los pergaminos del siglo IV en adelante.

Al mismo tiempo de estos descubrimientos se comenzaron a desarrollar diversos sistemas para clasificar los manuscritos del Nuevo Testamento que, en general, dividen los textos de acuerdo con su extensión y la categoría de escrito que contienen;

igualmente los dividen de acuerdo con el formato de escritura, que puede ser en letras mayúsculas, más antiguos, o en letras minúsculas, más recientes. Igualmente se han utilizado varios tipos de clasificación de estos textos por familias, aunque actualmente se reconocen en general solo tres tipos: Alejandrino, de carácter más neutral y antiguo; Occidental, que se remonta a versiones del siglo II y contiene una versión menos cuidada que la anterior; y Bizantino, que es el más tardío y el que tuvo mayor difusión en el Imperio Bizantino, que es la fuente del *Textus Receptus*, el cual constituyó la base de las ediciones impresas de Erasmo, Stephanus y Beza, durante el siglo XVI.

En la misma línea, a comienzos del siglo XX, el estudioso Frederic Kenyon publicó una colección de manuscritos bíblicos pertenecientes al coleccionista Chester Beatty. Entre ellos se destacan algunos de los papiros más antiguos que contienen fragmentos del Nuevo Testamento. Entre los más notables aparecen el papiro 45 (P<sup>45</sup>), que contiene fragmentos de los evangelios y de Hechos; el papiro 46 (P<sup>46</sup>), que contiene fragmentos de cartas paulinas; el papiro 47 (P<sup>47</sup>), que contiene una buena parte del Apocalipsis.

Otra colección importante es la Bodmer. En ella se destacan el papiro 66 (P<sup>66</sup>), que contiene principalmente el Evangelio de Juan; el papiro 75 (P<sup>75</sup>), que contiene fragmentos de los evangelios de Lucas y Juan; el papiro misceláneo 72 (P<sup>72</sup>), que contiene una mezcla de textos entre los cuales se destacan la carta de Judas y las cartas de Pedro; el papiro 74 (P<sup>74</sup>), que contiene gran parte de Hechos y de las cartas católicas.

Otros manuscritos famosos son el Rylans (P<sup>52</sup>), que se hizo famoso por su antigüedad; los papiros 90 (P<sup>90</sup>), 104 (P<sup>104</sup>), 115 (P<sup>115</sup>) y otros más, también famosos por su antigüedad.

A continuación Chapa describe los códices más antiguos escritos en letra mayúscula. Como en el capítulo anterior proporciona algunas informaciones valiosas sobre las divisiones y organizaciones del texto, las secciones y cánones, los títulos de los libros, las divisiones en capítulos, los títulos de las secciones, la esticometría (número de líneas por página) y la colometría (división en líneas de sentido). Entre los códices más antiguos, completos y mejor conservados menciona el Sinaítico, el Alejandrino, el Vaticano y el Efrén Reescrito. A estos añaden el código bilingüe griego-latín Beza y los códices Claromontano y Freer. De cada uno de ellos hace una breve descripción, destacando sus aspectos formales, de contenido, las divisiones, la datación, el origen y una valoración del texto.

En la tercera parte, el autor aborda una serie de cuestiones interesantes relacionadas con la datación de los manuscritos antiguos, el uso de abreviaciones para los nombres sagrados en los textos (*Nomina Sacra*), los manuscritos de dudosa procedencia y un interesante capítulo final sobre la fiabilidad de los manuscritos y las herramientas de la crítica textual.

Esta parte se encarga de alejar a los lectores del lugar común de la arqueología espectacular que resuelve antiguos misterios en minutos, al estilo de Indiana Jones, y propone la imagen de un trabajo minucioso, cooperativo y de largo plazo que une a personas eruditas de diversa formación científica en la tarea común de ponderar el valor de estos manuscritos, publicar sus descubrimientos y dialogar en torno de la certidumbre o no de sus hallazgos. A este propósito revisa las hipótesis de la preferencia de las iglesias cristianas por el códice para servir de soporte al texto neotestamentario y a la literatura apócrifa y patrística, en lugar del rollo, preferido por la aristocracia antigua y por los escribas judíos. Así mismo, las diversas abreviaturas para los nombres sagrados que empalma con las costumbres judías de la época y que conduce a interesantes juegos alfanuméricos.

Chapa dedica un capítulo a narrar varias anécdotas vinculadas a falsificaciones de papiros neotestamentarios que fueron objeto de noticias sensacionalistas, pero que poco o nada tienen que ver con la papirología neotestamentaria. Por último, destaca las particularidades de esta especialidad de estudio, la necesidad de la crítica textual y comenta la bibliografía más relevante sobre el tema. Hace énfasis en la vinculación de la papirología a la crítica textual, que es una técnica utilizada en exégesis bíblica para combinar los datos históricos, arqueológicos y físicos que permiten formular criterios para mejorar las versiones críticas sobre las que se hacen con frecuencia las traducciones de la Biblia para el público general.

El lector tiene en sus manos un interesante recurso para interesarse por esa parte casi desconocida de la exégesis bíblica dedicada a los testigos materiales de la transmisión de la Sagrada Escritura. Estos conocimientos, aparte de una erudición general sobre el tema, o de los interesantes apuntes sobre el significado de las abreviaciones de los nombres sagrados en la Biblia cristiana, le brinda la posibilidad de comenzar a forjar un criterio más profundo para contrarrestar las noticias sensacionalistas que se suceden con regularidad, cada cierto tiempo, sobre la Biblia o sus personajes, al estilo del Código Da Vinci o del Evangelio apócrifo de Judas.

Congratulamos al autor por este esfuerzo al poner en manos del estudiante de teología o del lector interesado un libro ameno sobre un tema en apariencia tan árido y a la editorial por renovar cada día su interés en publicaciones especializadas en temas bíblicos.

José Santos Torres M.\*  
Profesor Departamento de Teología  
Pontificia Universidad Javeriana

\* Dirección de correspondencia: [j.torresm@javeriana.edu.co](mailto:j.torresm@javeriana.edu.co)